

U

N RÍO QUE PRIMERO FUE MAR DULCE

Ana María Peppino Barale

Ana María Peppino Barale es doctora en estudios latinoamericanos. Profesora-investigadora en el Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.

Dedico este recuerdo de su origen a esa nación que recibió amplia y generosamente a tantos desplazados por el hambre y la injusticia. A esas mujeres y hombres cuyos antepasados, como mis abuelas y abuelos, fueron pioneros, fundadores de pueblos, constructores de nacionalidad y que lucharon por dar a su prole una vida digna. En suma, a Argentina, a su gente, desde este otro país igualmente generoso y amado.

También a mis estudiantes, para que vuelvan la mirada a la historia y comprendan la grandeza de la hazaña de los intrépidos hombres a los que aquí me refiero, quienes, como tantos otros, arriesgaron su vida en pos de una quimera.

Si bien el Amazonas es el río más espectacular de América del Sur, aquí me ocupo de otro cuya importancia estratégica dio amplio valor económico a la zona que recorren sus aguas. Me refiero al Río de la Plata, que se puede apreciar en un mapa no como una cinta fluvial que se desliza siguiendo las irregularidades del terreno sino como un amplio estuario, producto de la unión de los afluentes Paraná y Uruguay. Conocido por la tonalidad de sus aguas como el Río Color de León, se extiende entre las costas uruguaya y argentina de tal manera que semeja un triángulo cuya base se apoya en el Océano Atlántico, mientras que su vértice descansa en el delta donde entretienen sus caudales los ríos que delimitan a la Mesopotamia argentina.

Su principal característica no reside en su extensión, más bien en el ancho de su desembocadura; esa particularidad provocó una falsa apreciación de los primeros navegantes europeos, misma que reprodujeron al comunicar la presencia de ese caudal de agua que interrumpía la continuidad de la costa atlántica.

El descubrimiento

A oídos de los reyes de España llegó la noticia del informe



presentado a la casa real portuguesa por dos de sus navegantes. Cristóbal de Haro y Nuño Manuel relataron el descubrimiento de lo que ellos creyeron la vía de comunicación entre los dos océanos conocidos hasta entonces como Mar del Norte y Mar del Sur.¹ Los pilotos lusitanos no confirmaron su apreciación, en el afán de continuar su viaje hacia la misteriosa tierra de los patagones. Sin embargo, los españoles no dejaron pasar la oportunidad de comprobar si efectivamente se había encontrado el camino que, por occidente, abriera la ruta hacia la especiería en lugar del paso a través del cabo de Buena Esperanza, que ya desde 1497 había circunnavegado con gran fortuna Vasco da Gama y que llevó a Portugal al éxito en las Indias Occidentales.²

En 1508 el rey Fernando convocó en Burgos a una junta de marinos y geógrafos para que se encargaran de orientar las expediciones de descubrimiento, señalando como finalidad de las mismas encontrar el paso que condujera a la tierra de las especias.³ Ese mismo año se organizó una expedición que recorrió las costas del Caribe sin encontrar el codiciado paso. Por lo tanto, la noticia proveniente de sus vecinos los impulsó a preparar tres carabelas, las cuales pusieron al mando del piloto Juan Díaz de Solís y que zarparon del puerto español de Sanlúcar de Barrameda el 8 de octubre de 1515.

Al llegar al sur de Brasil, uno de los veleros encalló en los arrecifes de la isla de Santa Catarina, por lo que parte de su tripulación tuvo que quedarse en tierra; posteriormente sería rescatada por Sebastián Caboto. A principios de 1516 las otras dos naves arribaron al pretendido canal interoceánico, cuya existencia fuera denunciada por los pilotos portugueses. Sin embargo, bastó que Solís y sus hombres probaran el agua para desvirtuar la hipótesis que Haro y Manuel habían difundido por Europa: resultaba difícil que el caudal que un océano volcaba en otro fuera dulce. Quedaba, de cualquier manera, la duda de que semejante anchura pudiera ser de un río. Así que, para resaltar esa paradoja, lo llamaron Mar Dulce.

Adentrándose en ese *mar*, que poco a poco se iba estrechando, llegaron a una pequeña isla donde enterraron al tripulante Martín García, nombre con el cual desde ese momento se le conoce y que en el futuro adquiriría importancia por su posición geográfica y estratégica. Posteriormente, se acercaron a la costa oriental —en la actualidad es el departamento uruguayo de Colonia— donde Solís y varios marinos desembarcaron. Desde los navíos, el resto de la tripulación presencié impotente cómo sus compañeros perdieron la vida al ser

atacados por los indígenas (1516). Diezmada la expedición, los sobrevivientes se retiraron de la costa y más adelante comprobaron que el Mar Dulce se prolongaba como río en territorio desconocido. Sin el jefe de la expedición, su sucesor no quiso arriesgarse a un nuevo encuentro con los hostiles habitantes y decidió ordenar el regreso a España.

Tocó a un hidalgo portugués, Fernando de Magalhaes —o Magallanes, como se lo conoció en España—, iniciar una aventura que tendría importantes consecuencias para la comprensión del Nuevo Mundo. La oportunidad se la brindó Carlos I —en esos momentos rey de España, después de la muerte de su abuelo Fernando el Católico, acaecida en 1516— ante quien Magallanes ofreció sus servicios para encontrar el tan codiciado paso interoceánico.

Resulta irreverente resumir en unas pocas líneas la odisea de estos intrépidos hombres cuyos viajes y resultados, aún hoy, asombran mi imaginación y contrastan con la pobreza actual de espíritus similares; sin embargo, me tranquiliza la posibilidad que ofrecen múltiples libros para conocer hasta los pormenores de las travesías que fueron construyendo la imagen de la geografía terráquea. Por eso, aquí sólo me ocupo de la expedición que dio inicio en septiembre de 1519, compuesta por una tripulación de 265 hombres distribuidos en cuatro naves, y que tres años después sólo arribó un velero —en cuya proa se podía leer el alegórico nombre de Victoria— al Golfo de Cádiz, con los primeros 18 hombres que habían logrado dar la vuelta al mundo. Magallanes repitió el camino seguido por Solís y, tomando en cuenta las observaciones de los hombres de este último que lograron regresar a España, no se entretuvo mucho en navegar por el cauce del anchuroso Río de Solís —en homenaje al navegante—, donde había concluido la anterior expedición, sino que siguió rumbo al sur. El triunfo coronó el esfuerzo y el 1° de noviembre de 1520 descubrió el paso tan anhelado al que nombró de Todos los Santos —hoy estrecho de Magallanes— y por el cual llegaron, ahora sí, a otro mar inmenso que era el camino hacia la tierra de las especias. El osado portugués y la mayoría de su tripulación murieron en el intento, pero Sebastián Elcano,⁴ que en las Filipinas asumió el mando (1521), logró llegar hasta Molucas, emporio de las especias, donde abarrotó con ellas el barco que los llevaría de retorno. Con ese viaje (1519-1522) no sólo se abrió otra ruta hacia los codiciados condimentos aromáticos, sino que se comprobó la redondez de la Tierra y se estableció una idea más completa de la configuración general de sus mares y continentes.

El éxito de esa misión impulsó al rey español a enviar otra expedición para repetir la hazaña dirigida por Magallanes y Elcano. En 1526, una vez más, el puerto de Sanlúcar de Barrameda fue punto de partida de los intrépidos navegantes que enfilaron sus veleros hacia occidente; esta vez al mando del veneciano Sebastián Caboto.



La leyenda

Si bien se había resuelto la incógnita del “mar de aguas dulces”, lo cierto es que el río aún se prestaba para dar fundamento a extraños relatos que eran repetidos de boca en boca y que se referían a un poderoso país cuyas riquezas superaban el sueño más ambicioso. Las indicaciones de su ubicación eran imprecisas, pero los informantes alzaban la mano señalando río arriba y tierra adentro. Ya se tratara del Imperio del Rey Blanco, de la Sierra de la Plata o del Lago Donde Dormía el Sol, la leyenda siempre giraba en torno de una región pródiga en oro y plata. Toda leyenda se teje sobre un fondo de verdad y este caso no fue la excepción; si las sumas exageraciones terminaban por deformar la realidad, no

resultarían suficientes para opacar el destello de los metales preciosos que, en la realidad, revistieron los centros ceremoniales, y también a los nobles y sacerdotes⁵ del gran imperio de los incas, que no era otro el motivo de tantas fantasías.

Cuando Caboto llegó a la isla de Santa Catarina encontró a los náufragos de Solís y éstos le transmitieron la información que había llegado a sus oídos y que hablaba de la existencia del gran imperio y sus fabulosas riquezas, lo que determinó el cambio de rumbo de la expedición. A fines de febrero de 1527 llegaron al Río de Solís y penetraron en el río Uruguay para anclar en un paraje sobre la costa uruguaya, donde fundó el puerto de San Lázaro (7 de abril); en el lugar encontraron al grumete que había salvado su vida diez años atrás, cuando los indios mataron a Solís. Este sobreviviente confirmó las versiones escuchadas en Santa Catarina sobre la existencia de plata en “las tierras de más adentro” y, tal vez, fue entonces cuando comenzaron a referirse al Mar Dulce o Río de Solís, como al Río de la Plata.

La expedición se internó en el río Paraná hasta la confluencia con el Carcarañá, y ahí Sebastián Caboto funda el fuerte Sancti Spiritus (9 de junio), que fue “el primer asiento español en tierra argentina”, y el segundo en la cuenca platense. Desde allí, dos veces intentan alcanzar el mítico país, pero no lo consiguen. Al regresar del segundo intento encuentran el fuerte incendiado, lo que aumentó el desaliento, por lo que el jefe de la expedición decide regresar a España.

Pero la imaginación no admite fracasos y los acompañantes de Caboto en sus expediciones al interior del continente difundieron por Europa las versiones indígenas adornadas con sus propias fantasías. La imagen de la Ciudad del Sol no sólo alimentó el ensueño de los aventureros sino que ofreció a los reinos ibéricos la certeza de que un mundo de riquezas inconcebibles los esperaba siguiendo el cauce del Río de la Plata, así que comenzaron a prepararse para la nueva conquista. La monarquía española envía una poderosa expedición, al mando de don Pedro de Mendoza, para incorporar a la corona las tierras de este nuevo imperio que creían más poderoso y rico que el de México y del Perú, y cuya ocupación cerraría el proceso de la conquista. España se adelanta a Portugal, pero, al ganar la partida, destruye la leyenda.

La realidad

Don Pedro de Mendoza se propuso levantar una plaza fuerte para asegurar a España el dominio de la ruta que conducía al



legendario imperio; así, el 3 de febrero de 1536 funda Santa María del Buen Aire. Desde ahí, dos de sus capitanes remontan el Paraná y después de intentar por distintos caminos la ruta que los llevaría a realizar sus sueños, se reúnen en el Alto Paraguay y deciden construir un puesto de avanzada casi “a las puertas mismas del reino maravilloso”. Al mismo tiempo que su capitán Domingo de Irala fundaba Asunción (15 de agosto de 1537), Mendoza moría en altamar durante su viaje de regreso a España.

Ni el oro ni la plata aparecían por ningún lado, pero el hambre, la enfermedad y la hostilidad de los indios eran una realidad lacerante que acabó por destruir toda ilusión de enriquecimiento rápido. Cinco años de penurias sin límites pasaron los primeros pobladores dejados por Mendoza a la entrada izquierda del gran río. Durante ese lapso, varias expediciones recorrieron las tierras interiores y de cierto tuvieron que El Dorado no se encontraba allí. La realidad se impuso y en junio de 1541 los sobrevivientes abandonan el lugar.

Durante medio siglo los conquistadores insistieron en su búsqueda y después de privaciones que a muchos llevó a la enfermedad y a la muerte, el velo del misterio fue desco-

riéndose. La certeza de que el Imperio del Sol y el imperio inca eran lo mismo permitió precisar el verdadero sentido de la leyenda del río que no llevaba, únicamente, a la plata sino que se perfilaba como la salida, más cómoda y económica, de los minerales extraídos del Alto Perú para ser enviados a la metrópoli. Por lo tanto, se entendió la nueva razón para fortificar el dominio español sobre el Río de la Plata y la necesidad de poblar de nuevo el fuerte abandonado. Así, en 1580 Juan de Garay funda Buenos Aires por segunda vez, con lo cual se cierra el ciclo iniciado por Pedro de Mendoza y comienza otro que pone al Río de la Plata como eje de la economía y la política de dos reinos coloniales: el español y el portugués. En el tiempo entre una fundación y otra de Buenos Aires, el propio Garay ya había fundado Santa Fe (1573) sobre el Paraná, y habían surgido nuevas poblaciones bajo el impulso de la Audiencia del Perú y el avance de los españoles provenientes de Chile.⁶

El progreso

A diferencia de México y Perú, el nuevo territorio conquistado no escondía minas de oro ni de plata ni se encontraban en él pueblos sedentarios con una vida social reglamentada y productiva. El conquistador de estas tierras tendría que le-

vantarlo todo con sus propias manos y, además, defenderse de la belicosidad de los naturales, que en más de una ocasión habían demostrado su ferocidad. Nómadas y acostumbrados a la libertad, nunca podrían ser avasallados y sometidos a servidumbre, como en los otros dos centros conquistados también por los españoles.

Pero esa tierra inhóspita y aparentemente pobre guardaba muchas sorpresas, sólo había que mirarla con ojos distintos; sus posibilidades fueron presentándose poco a poco: unas como fruto del esfuerzo y otras de manera inesperada. Acaso ¿no puede catalogarse como inesperada la reproducción equina que resultó de algunas yeguas y caballos, abandonados por los últimos hombres de Mendoza y que asombraron a Juan de Garay, medio siglo después? Las favorables condiciones de los pastos y aguajes permitieron la multiplicación de los animales, y esto provocó otro fenómeno que cambiaría de forma radical las costumbres de las tribus nómadas: se aficionaron a comer carne de potro y aprendieron a domarlos para emplearlos como cabalgaduras para trasladarse y combatir.⁷

El progreso fue lento, pero las óptimas condiciones naturales determinaron la reproducción acelerada de las primeras ca-

bezas de ganado, lo que vino a transformar aquellas “tierras vacías”⁷ que nunca habían merecido el interés de los poderosos señores descendientes de Manco Cápac⁸ y que tampoco despertaron gran ilusión en los conquistadores españoles. Era tierra de lucha y tesón, nada se daba con sólo extender la mano ni había esclavos solícitos para aligerar la dura tarea; por el contrario, los fuertes y asentamientos humanos eran continuamente destruidos por los indios. De cada poblamiento abandonado quedaban animales que sobrevivían, se multiplicaban y que constituirían más adelante un recurso invaluable para el desarrollo de la economía de la región: “la riqueza precedió a la población”.

A fines del siglo XVI, además de los tres puertos (Asunción, Santa Fe y Buenos Aires) alineados en la ruta fluvial Paraná-Río de la Plata, otros poblados fueron apareciendo en las tierras interiores como puntos de relevo entre las minas peruanas y la salida al Océano Pacífico. Esos baluartes de la corona española se mantenían pese a todas las penurias y a la poca atención que recibían de la metrópoli. Era sólo el comienzo. Los siglos posteriores marcan grandes cambios y el río que una vez recibió el nombre de Mar Dulce es el testigo principal. •

Bibliografía

Carlos Alberto Floria y César A. García Belsunce, *Historia de los argentinos*, t. 1, Buenos Aires, Larousse, 1992.

Rodolfo Puiggrós, *Historia económica del Río de la Plata*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.

Óscar Secco Ellauri, *Los tiempos modernos y contemporáneos*, Buenos Aires, Kapelusz, 1985.

Horacio Vázquez-Rial, *La formación del país de los argentinos*, Buenos Aires, Vergara, 1999.

Notas

¹En 1513 Vasco Núñez de Balboa, al mando de una pequeña expedición, avistó el Océano Pacífico, al que llamó Mar del Sur y de cuyas playas tomó posesión en nombre de la corona de España.

²Colón había muerto en 1506 —dos años después de la reina Isabel, su más decidida protectora— y aún no se apreciaba la verdadera importancia de su descubrimiento, seguramente opacado por el brillante resultado de los viajes que los portugueses estaban realizando.

³Dicha Junta crea el cargo de piloto del reino y de piloto mayor: Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís recibieron el primer nombramiento; Américo Vesputio el segundo.

⁴En 1525 inició otra travesía por el estrecho de Magallanes y murió en el Pacífico un año después.

⁵Una visita al Museo del Oro del Perú, en Lima, nos ilustra al respecto. Una de las vitrinas que más atrae la atención resguarda la vestimenta ceremonial de un inca, que parece una armadura elaborada primorosamente con finísimas laminas de oro, con la cual el personaje queda cubierto de los pies a la cabeza. Asimismo, se exhiben unos pequeños rectángulos de láminas de oro con los cuales se cubrían las paredes de los centros ceremoniales y que, seguro, dieron lugar a la leyenda de las ciudades de oro.

⁶En ese periodo se fundaron muchas de las principales actuales ciudades argentinas: Tucumán (1549), Santiago del Estero (1553), Mendoza (1561), San Juan (1562) y Córdoba (1573).

⁷Leer en *Martín Fierro* la descripción asombrada del gaucho que se refiere a la forma tranquila, tesonera y decisiva como los indios doman un potro: nunca lo castigan, le hablan al oído mientras pasan la mano suavemente por su lomo. Cuando el caballo baja la cabeza y la acerca al domador, éste sabe que es el momento y lo monta, al pelo.

⁸Legendario fundador de la dinastía y el imperio inca, considerado hijo del Sol (siglo XII).